



VICKY RAMOS Y LAS IMÁGENES QUE NARRAN

CARLOS RUBIO

El Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría” 1997, en la rama de dibujo, se le confiere a Vicky Ramos. Este galardón es doblemente significativo pues constituye un justo reconocimiento para una mujer que, durante años, depura su estilo y explora múltiples posibilidades en las artes plásticas. Y se debe subrayar que se dedica a la ilustración —y muy especialmente a aquella dirigida a los niños—. Este campo no se ha estudiado a profundidad en Costa Rica. Además, no es extraño que se tienda a subestimar y a considerar más como un trabajo publicitario que artístico.

Por eso, este premio permitirá a Vicky —y a otros ilustradores— abrir caminos. El jurado reconoció la calidad de las ilustraciones del libro *Ajonjolí*, del poeta guatemalteco Francisco Morales Santos. Estos acrílicos fueron expuestos en la Sala García Monge durante el pasado mes de octubre.

SE DIBUJA LA VIDA

Después de iniciar estudios de Artes Gráficas y Pintura en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica, Vicky da sus primeros pasos como ilustradora en el suplemento *Zurquí* de *La Nación*. En 1986 se integra al equipo de la revista infantil *Tambor*. La participación en ambas publicaciones le permitió orientarse dentro del área específica del arte dirigido a los más pequeños.

Importante fue, en esta toma de posición, un taller ofrecido por dos maestros de la ilustración: la alemana Monika Dopfer y el brasileño Gian Calvi.

Así, empieza a plasmar sus imágenes en varias obras de autores costarricenses, tales como *El color de los sueños*, de Floria Jiménez; *La pajarita de papel*, de Alfonso Chase; *Los geranios* y *El unicornio y sus estrellas*, de Delfina Collado; *La lagartija de la panza color musgo*, de Julieta Pinto; *Queremos jugar* y *Pedro y su teatrino maravilloso*, de Carlos

Rubio, y *Un tobogán en una burbuja*, de Mabel Morvillo.

Sin embargo, Vicky da un salto cualitativo con *Almófar, duende hidalgo y aventurero*, de Lilia Ramos. La reedición de este libro se realiza en todo color y permite a la artista explorar matices no hallados en trabajos en blanco y negro.

En dos ocasiones, su nombre se halla en la Lista de Honor de la “International Board on Books for Young People” (IBBY). En dicha lista figuran, bienalmente, las publicaciones, más destacadas a nivel mundial, dirigidas a los niños. En 1993 se le reconoce su labor en la novela *Mo*, de Lara Ríos, y en 1997, su trabajo en el libro *Niñas y niños del maíz*, de varios autores centroamericanos.

Actualmente dirige el Departamento de Arte del Grupo Editorial Farben Norma. Y no se debe dejar de mencionar que allí diseña e ilustra libros didácticos, sin perder de vista las características estéticas a las que todos los lectores tenemos derecho. Asimismo, participa en la elaboración de afiches para programas de apoyo a enfermos con sida, personas con discapacidad y en favor de la biodiversidad.

Se dibuja la vida y Vicky se dibuja a sí misma. Se plasma en los personajes. Los vive intensamente. Trata que un libro no se parezca a otro porque cada uno guarda su propia esencia. Por eso, explora diversas técnicas. Así vemos el lápiz en *Mo*, la plumilla en *Los geranios* o *La pajarita de papel* y técnicas mixtas en *Un tobogán en una burbuja* o en *Pedro y su teatrino maravilloso*. Esto nos habla más de su capacidad expresiva y de su patente versatilidad para dotar al libro una identidad gráfica definida.

A PROPÓSITO DE LA ILUSTRACIÓN

Vicky Ramos ha sabido perfilar su papel como ilustradora. Sus trabajos no se limitan a apoyar al texto. Tal como lo señala Cargado (citado por Andricain et al, 1993), la artista entabla un diálogo con el texto y adopta la

LAS IMÁGENES QUE HABLAN

Viene de la página 3

posición de narradora. Vicky “cuenta” lo que el escrito no muestra superficialmente. Tiene la capacidad para ver “la realidad escondida detrás de las palabras” y plasmarla por medio de imágenes.

No en vano, se dice que “las imágenes también nos hablan a su manera”.

Existen prejuicios alrededor de la ilustración. No falta quien diga, con un mal entendido afán pedagógico, que limita al niño al imaginar y fantasear, pues, el trabajo plástico constituye un producto terminado y le resta al pequeño su capacidad de expresión.

Tal posición queda invalidada ante una artista de la calidad de Vicky Ramos, porque tal como lo señaló Teresa Durán en el IV Simposio de Salamanca sobre el Libro Ilustrado, realizado en noviembre de 1997, existe un proceso de lectura visual. Este proceso consta de tres pasos: primero que todo está el reconocimiento, en el cual se da la relación dicotómica entre significante y significado, planteada por Saussure. En este momento, la lectura no es narrativa, sino compulsiva. En segundo lugar está la identificación. Al llegar a este punto, se proyecta la propia experiencia contra la propuesta del ilustrador. Y por último, se encuentra la imaginación. Y es cuando se encadenan conceptos: la experiencia cognitiva halla cauce en diversas direcciones. Es más, aquí construimos nuestra

propia experiencia.

Cualquier ser humano –niño o adulto– asume estos tres pasos ante la obra gráfica de Vicky Ramos.

UN OFICIO SILENCIOSO

La adjudicación de este premio, a mi parecer, no representa tan solo un merecido galardón para Vicky Ramos. Es un reconocimiento a la ilustración costarricense.

Se acostumbra en nuestro medio a mencionar el título de un libro junto al nombre de su escritor. Pero, rara vez se menciona al ilustrador. Y, como lo hemos visto, ambos son autores. Uno utiliza el lenguaje literario, y el otro, el lenguaje gráfico.

Así que debe verse, tras este premio, la labor de Ezequiel Jiménez, Tomás Povedano, Francisco Amighetti, Max Jiménez y Juan Manuel Sánchez, y de otros artistas contemporáneos que se esfuerzan por encontrar nuevas posibilidades en ese diálogo plástico con el lector. Valga mencionar los nombres de Hugo Díaz, Alvaro Borrásé, Félix Arbuola o Isabel Fargas.

Espero que todos se congreguen a mirar, con ojos de niño, las obras de Vicky Ramos y encuentren ocultas las palabras de Sergio López Suárez: “...una ilustración que atrape, pero que no los hipnotice... una ilustración que sea capaz de mostrar, sin llegar a demostrar”.